

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 31 de Marzo de 1932

Núm. 466

CUENTO INFANTIL

Tres, eran tres...

Os voy a contar un cuento de tres princesitas y de tres flores que siempre princesitas y flores anduvieron juntas por el país de la quimera. En un remoto y maravilloso país reinaba un rey, noble y bondadoso, que tenía tres hijas, tres princesitas, bellas como tres rayos de sol.

Las tres gustaban mucho de las flores, que ellas mismas con sus manos cuidaban amorosas; la mayor cuidaba y prefería las rosas, hermosas y soberbias flores, como la resplandeciente y altiva belleza de su regia jardinera. La segunda princesa prefería el vibrante color y penetrante perfume de los claveles que armonizaban con su alegre y bulliciosa juventud, y por último, la tercera princesita, dulce y deliciosa adolescente, amaba apasionadamente y cultivaba sus flores predilectas: las violetas.

Hijas mías—les dijo un día el rey paseando por el jardín—no olvidéis que nuestras preferencias son el espejo de nuestro espíritu y que tal vez en la húmeda tierra que sustenta a vuestros flores ha escrito el dedo de Dios nuestro porvenir. Las dos hermanas mayores solían decir a su hermana menor que una flor tan insignificante como la que cultivaba no correspondía en hermosura a los desvelos con que la cuidaba.

Cuando llegaba la noche, las flores del jardín, reanimadas de los ardores del sol por el rocío y la suave luz de la luna, entablaban misteriosas conversaciones, siempre rosas y claveles miraban con desdenosa conmiseración, desde sus altos tallos, las humildes y lindas violetas.

Llegó por entonces al reino de que os hablo un joven príncipe de un reino vecino, según se decía, para elegir esposa entre las tres princesas. Incontables y maravillosas fueron las fiestas con que fué obsequiado, y la víspera de su partida, paseando por los jardines de palacio, paróse de improviso ante los tres macizos de flores cultivados por las princesitas; las dos mayores le mostraron orgullosas sus flores preferidas y comentaron burlescamente que para admirar las preferencias de su hermana pequeña iba a tener que agacharse mucho; mientras tanto, la tercera princesita pensaba con pena que sus florecitas eran demasiado diminutas y escondidas y que el príncipe no las iba a mirar siquiera, y pensando esto, dos lágrimas rodaron por sus mejillas, lágrimas que al caer sobre las violetas, oh prodigio!, se convirtieron en maravilloso rocío, que las hizo crecer y adquirir la altura de los macizos de sus hermanas. Maravillados los presentes, y más que ninguno el joven príncipe, allí mismo pidió al anciano rey la mano de su hija menor, que, emocionada, besaba las flores milagrosas.

—¿Véis, hijas mías, cómo ha resultado verdad lo que un día os dije?—exclamó el rey—. La preferencia de vues-

tra hermana por una flor humilde ha sido como un espejo donde el príncipe que pronto será su esposo ha visto reflejada la bondad de su alma.

Y se celebró la boda entre grandes y regocijadas fiestas, siendo todos muy felices.

Sólo un inglés, ha podido cruzar, sobre una cuerda las famosas cataratas del Niágara

Cuarenta y dos artistas de circo, fueron derribados por el torrente de las aguas, muriendo muchos

Las cataratas del Niágara han sido objeto en todos los tiempos de las audacias de hombres intrépidos. Grandes apuestas, duras competencias han suscitado su paso.

Cuantas tentativas se han hecho para cruzar las famosas cascadas han resultado inútiles y en numerosas ocasiones, de consecuencias fatales ya que en el lecho de sus aguas, la muerte sobrevino para los audaces.

Pero a pesar de todo, no faltan nunca nuevos empeños de cruzarlas. Ni asusta el ímpetu de sus aguas, ni acobarda la idea del arroyo que ha de imponerse para que la empresa culmine.

Recientemente se ha dado el caso de unos artistas de circo seleccionados, de distintas nacionalidades. Constituían la agrupación cuarenta y dos hombres. Se buscaba el premio de cincuenta mil dólares ofrecido por un americano espléndido y estrambótico.

Los artistas de circo con un cable de cáñamo bien tenso y de extremo a extremo, se disponían a atravesar las cataratas. Vano intento. El torrente de aguas, los derrotó. No culminó la empresa. Fueron vencidos, arrollados y derribados.

Sólo dos hombres lograron sobrevivir. Perecieron los demás.

Un inglés, deportista célebre, equilibrista admirable, ha sabido imponerse y con una serenidad digna del país de su naturaleza se ha atrevido a cruzar de un lado a otro las cataratas. ¿Cómo? También sobre una cuerda, pero a una altura de sesenta y cinco metros, el inglés ha pasado sobre ella y ha triunfado venciendo de esta manera el torrente de las aguas.

Después de su audacia, el inglés contaba a los periodistas que no sufrió emoción. Hizo aquella proeza, tranquilamente. Y a pesar de tener la seguridad de que un titubeo, una vacilación, le costaría la muerte, su confianza le dió ánimos y la seguridad de lo que realizaba le permitía contar con el triunfo.

Así pues, el inglés ha sido uno de los pocos hombres que ha conseguido cruzar las cataratas de la muerte y salir con vida.

Para volver a su pueblo, pensaba meterse dentro del abrigo

El pobre cesante estaba aburridísimo de andar y de correr de oficina en oficina, sin encontrar destino ni colocación. Había abandonado su pueblo con la esperanza de hallar en la corte trabajo. Y no lo había. ¿Qué hacer? A su pueblo no era posible regresar, carecía de medios. El abrigo le pesaba y le estorbaba. Pasa un auto de viajeros y cuando se detiene en una parada le dice al chófer:

—Oiga, soy un hombre sin trabajo, ¿haría usted el favor de llevar mi abrigo al pueblo?

—¿Dónde lo he de recoger?—preguntó compasivo el chófer.

—Si le es usted lo mismo y para evitarle la molestia, yo me meteré dentro del abrigo.

El canario y el grajo

FÁBULA

Un canario muy cantor, esmeróse tanto y tanto, que casi igualó su canto al del mismo ruiseñor, y uno que lo oyó, extranjero, por sus trinos muy famoso, aplaudiéndolo amistosamente lo trató de compañero.

Con tan benigna opinión se aplicó tanto el canario, que hubo un grajo temerario que envidiando su afición, le persiguió con fiera, con tal odio y mala saña, que no hubo nadie en España que ignorara la destreza de aquel canario cantor que alcanzó con su constancia extender su fama a Francia que lo aplaudió con calor.

El saber te es necesario, que obtendrás con tu trabajo, si difamas como el grajo, un resultado contrario.

GONZALO FORMIGUERA

El automóvil rompió la luna del escaparate y se metió dentro

Nada tiene de particular que un automóvil debido a una falsa maniobra o para sortear un peligro, salte a la acera, derribe un poste del tranvía o bien llegar hasta la luna de un escaparate.

Algo parecido a esto ocurrió en una ciudad de Hungría. El conductor del vehículo, azarado y perdida la serenidad, llegó a meterse en el escaparate de un gran establecimiento. Claro es: la luna resultó hecha añicos, los viajeros medio lisiados y el dueño de la casa perjudicado.

Aquí viene lo interesante. El propietario del establecimiento, como primera medida, se le ocurre plantear una demanda de indemnización. Los perjuicios habían sido atroces y de alguna manera se había de reembolsar de estos daños.

Pero ocurrió que era tanta la gente que alrededor del establecimiento se situó contemplando el destrozo, que no había forma de hacerla alejar de allí. El dueño concibió una idea luminosa. No presentaría la demanda por perjuicios y a cambio, como acto de propaganda, solicitó del chófer que durante diez días se aviniera a estar expuesto en el escaparate de la casa en unión del vehículo causante del daño.

Ni que decir tiene. El comerciante fué un hombre listo. Este acto de retirar la demanda y llevar al escaparate al chófer le sirvió para poner de moda el establecimiento y durante esos días ver la tienda y sus alrededores llenos de público que a la vez hacían grandes compras.

Por donde resulta que la rotura del cristal del escaparate por el automóvil lista fué un medio rápido para acreditar la casa llamando la atención y provocando una venta estupenda.

El talismán

Un día que Rogelio Villar vagabundeaba por el puerto de Marsella en busca de un empleo cualquiera en alguno de los numerosos navios próximos a partir, vió llegar a un anciano de barba blanca a quien los años habían encorvado definitivamente. El viejo llevaba sobre sus espaldas un pesado saco que dificultaba su andar.

—¡Pobre viejo!—pensó Rogelio, fiero de sus veinticinco años y de las fuerzas que sentía en sí. Acercándose al anciano le dijo:

—Dígame, abuelo: ¿quiere que le ayude a llevar el saco?

—No, amigo mío—contestó el viejo—; no necesito ayuda alguna, pero de todas maneras agradezco tu buena voluntad.

Y, sin añadir nada más, continuó su camino. Rogelio Villar, un poco extrañado, miró como el hombre se alejaba y vió que momentos después depositó de nuevo el saco en el suelo, y, habiendo descansado, tomó otra vez su carga y continuó su marcha.

Inconscientemente el joven le había seguido a cierta distancia. De pronto vió brillar en el suelo un objeto metálico. Lo recogió y con gran sorpresa vió que era un broche de oro cubierto de diamantes.

Sorprendido por su hallazgo, examinó el objeto y, recordando que lo había encontrado en el mismo sitio que el anciano se había detenido para descansar, no dudó un solo instante que él era quien lo había perdido.

En seguida corrió en su busca:

—Acabo de encontrar esta joya en el sitio donde usted se ha detenido hace pocos momentos. ¿Es de usted?—le preguntó.

El anciano tomó el objeto, lo metió en su bolsillo y, sonriendo con aire de gran bondad, le contestó:

—Veo que eres un muchacho honrado. ¿Cómo te llamas?

—Rogelio Villar.

—Toma esta cartera, que contiene algunos billetes, en pago de tu honradez.

—De ninguna manera—exclamó el joven—. He pensado que la joya sería de usted y no he hecho otra cosa que cumplir con mi obligación.

El anciano examinó curiosamente al joven y preguntó:

—¿Eres, pues, muy rico que rechazas el dinero?

—¡No! Al contrario, no tengo un céntimo; pero prefiero ganar con mis brazos el pan que como antes que aceptar un pago que no merezco.

—Como quieras, muchacho; quizás tengas razón; pero, ya que no quieres dinero, ¿aceptarás este pequeño recuerdo?

Y el anciano sacó de su bolsillo un pequeño sello atado a una cadenita de plata.

—Esto es un talismán. Si por casualidad llegas a necesitar dinero, muebles, ayuda u otras cosas, no tendrás más que escribir tu deseo en un papel y sellarlo con esta marca; inmediatamente recibirás lo que hayas pedido.

El joven recibió el presente del anciano y le dió las gracias por un don tan maravilloso, pero dudando del poder de aquel talismán.

No obstante, algunos días después, estando sin dinero y no logrando encontrar trabajo, decidió probar su poder. Escribió al director del Banco de Marsella pidiendo le enviara mil francos. Al siguiente día un empleado del Banco se presentó en su casa y le entregó la suma pedida.

A partir de aquel momento Rogelio no dudó de la potencia de su talismán. Reflexionando sobre su situación, se dijo que ya que no tenía más que escribir para obtener lo que quisiera, no era necesario buscar trabajo y que la vida podría ser un paraíso para él. Pero, en el fondo de sí mismo, una voz le decía: «No debes vivir en la pereza; sólo el trabajo da la felicidad.»

Entonces Rogelio tomó una decisión. El deseo de toda su vida había sido tener un almacén en el puerto, en el que pudiese vender toda clase de vestidos, utensilios y víveres a los marineros que hacen grandes viajes. Escribió a una agencia para que le buscasen una tienda libre y cuando le comunicaron que tenían una disponible,

fué a verla y, habiéndole gustado su situación, pidió, con la ayuda del talismán, todo el dinero necesario para instalar su comercio.

Al cabo de seis meses los negocios de Rogelio prosperaban de tal forma que tomó varios empleados y agrandó la tienda, sin necesidad ya de utilizar el talismán, pues ganaba dinero suficiente para hacer frente a todos los gastos. Guardó el talismán en su arca para servirse de él en el caso de que se presentaran días malos.

Hacia cosa de un año que Rogelio estaba establecido, cuando cierto día entró en la tienda un venerable anciano y pidió hablar con el patrón.

—¿Es usted Rogelio Villar?

—¡El mismo!—contestó éste con alguna sorpresa—. Pero me parece reconocer en usted a un anciano que me dió un talismán que ha sido base de mi actual fortuna.

El viejo sonrió con dulzura y dijo:

—Soy realmente quien te dió el talismán, y si vengo hacia tí, es porque sé que has hecho un buen uso de mi presente.

Rogelio se precipitó para besar las manos de su protector, pero éste continuó:

—Mi talismán no tiene nada de maravilloso. Se trata simplemente del sello de mi firma, y como soy inmensamente rico y tengo barcos que hacen comercio con todos los puertos del mundo, lo cual representa mucho dinero, cuando tú pusiste el timbre en tus escritos fué igual como si yo hubiera firmado. ¿Comprendes ahora por qué tus derechos fueron satisfechos?

Rogelio Villar miró con gratitud inmensa a su bienhechor, al que nunca hubiera tomado por un hombre rico. Este continuó diciéndole:

—Hace dos años perdí a mi único hijo, que tendría hoy tu misma edad, y hasta este momento me había preguntado quién podría reemplazarle cuando yo muriese... Cuando te conocí la tarde que te di el sello, quedé gratamente impresionado de tu honrada conducta. Desde entonces he seguido con ansiedad todos tus esfuerzos para montar un gran negocio, he visto que eres emprendedor y honesto en tus relaciones comerciales, y, en vista de ello, he decidido adoptarte como hijo, pues sé que no tienes padres. Desde mañana podrás empezar a ocuparte de la dirección de mis negocios.

Rogelio Villar pensaba vivir un cuento de hadas. Pero todo era real. El rico anciano lo adoptó como hijo, le puso al corriente de sus inmensos negocios y viendo que le secundaba con inteligencia y voluntad, se felicitó de haber sabido guardar a un muchacho que tanto le recordaba a su propio hijo.

Actualmente Rogelio es uno de los armadores más ricos de Marsella, y cuando por la noche se ve rodeado por su mujer y sus hijos que le aman, recuerda aquella tarde que quiso ayudar a un anciano a llevar su pesada carga y, como recuerdo suyo, guarda piadosamente el precioso talismán.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

NIÑO

Pedacito de carne rubia
con hebras de sol en el rostro,
Carrillos sonrosados como frutas,
pequeños pies inútiles que adoro,
cuerpecito encendido de besos,
manecitas con menudos hoyos,
átomo azul caído entre mis manos
y que bebo a besos sonoros.
Maravilla otorgada a mi vida,
única que colma mi asombro.
Niño que crece entre mis brazos
como un astro frente a mi rostro.
¡No sabía que hubiera en mis entra-
ñas
sol, resplandor y oro!

(De María Monvel)

Por una mora fué descubierta la piedra de carbón mineral

Una tarde se encontraban juntos en el paseo Ismaelito y Rafael niños de unos once años. Ambos eran muy curiosos y dados a referir hechos y cosas que habían descubierto en sus lecturas.

Estaban hablando del origen del carbón mineral y Rafael decía que de una morera vino el hallazgo.

—¿Y cómo pudo ser—argüía Ismaelito.

—Estaba paseando un fraile—explicaba Rafael—por las inmediaciones del convento. Vió a una morera y se puso a comer moras. Avanzó y siguió comiendo. Cada vez se alejaba más y cada vez las moreras sufrían la merma de su fruto. Cuando más distante estaba del convento, vió una piedra negra, reluciente, le gustó, la cogió y se la llevó a la comunidad dando cuenta del hallazgo. Nadie le hizo caso. Y el fraile aburrido tiró la piedra al fuego. Pero como ardió, se quedaron maravillados y entonces comprendieron que aquellas piedras eran combustibles. Y desde esa fecha en el convento, dejaron la leña y guisaron con piedras. De aquí pues viene el origen del carbón mineral. Y esto ocurrió en Inglaterra.

Para que las caballerías no se vayan les sujetan un brazaletes en el doblez de una mano

Los mulilleros mejicanos, son hombres, ante todo, muy prácticos. Sus grandes y constantes caminatas a caballo y en mulos por aquellos terrenos, entre vegetación espesa y sorteando mil peligros les ha hecho ser valientes y audaces.

Una caballería, es para ellos tanto como sus propias piernas. De aquí el cariño de todo mejicano del campo por un caballo o una mula.

Eran antes muchas las caballerías que se perdían. Quedaban atadas a un árbol o una ventana y el animal soltaba sus ligaduras y echaba a andar desapareciendo.

Ahora ya no se irán. Han ideado otro sistema. Ya no se atan. Se le dobla la mano y se le sujeta un pequeño brazaletes. El animal queda sostenido por tres pies, y, no hay cuidado. No se mueve del sitio. La muilla está bien quietecita y es inútil que intente marcharse de las inmediaciones en donde su amo está.

Un reloj de flores con agujas móviles para las horas de abrir y de cerrar el parque

En un parque público de Inglaterra donde los niños encuentran a todas horas el sano esparcimiento y el juego propicio a sus deseos infantiles acaba de ser inaugurada una reforma muy a gusto de la gente menuda.

Se trata de la construcción de un reloj formado con flores y que ofrecen un conjunto muy nuevo y muy bonito a la vista. La construcción de esta esfera ha sido hecha por niños de los mismos colegios ingleses guiados por sus profesores.

El reloj de flores tiene también sus agujas de horas y de minutos y por una fácil combinación pueden moverse esas agujas para marcar horas determinadas.

Estas son las que tiene el parque para admitir la entrada por la mañana y para anunciar la salida también por la tarde. Únicamente a las horas estas, se mueven las agujas y por el reloj del parque saben los niños la llegada del momento de marcharse a casa.

Ha muerto el negro Cortés, de estómago sin fondo

En la Habana acaba de morir el negro Juan Cortés cuya rara habilidad consistía en tener un estómago sin fondo.

El espectáculo ofrecido por el negro se reducía a comer sin tasa en apuestas provocadas. Se cuenta, que en una sesión, comió 120 huevos crudos, dos pollos asados, seis platos de diversos condimentos, postres en abundancia y finalmente cuarenta y dos plátanos.

En otra apuesta, su comida fué un trozo de carne de ocho kilos, seis kilos de pescados crudos, cuatro kilos de sopa de fideos, seis sifones de agua de seltz, ocho botellas de cerveza negra, catorce manzanas silvestres y veinticuatro plátanos.

Como es consiguiente, este raro fenómeno no era posible que viviera mucho tiempo. Tenía que venir un día a consecuencia de uno de estos atracones una gran indigestión que pusiera fin a su vida y así ha sido. Ahora es verdad o mentira allá cada cual. Pero sí que parece exagerado...

EL HADA ALEGRÍA
NOVELA ORIGINAL DE
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ
Obra premiada por el
PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS
Precio 5 pesetas.
VÉNDESE EN MAHÓN EN LA LIBRERÍA DE
MANUEL SINTES ROTGER — Plaza del Príncipe, 17.

SALDO DE CHISTES MALOS

Una buena disputa.

—Yo creo que mi esposa haría un buen miembro del Parlamento.

—¿Por qué?

—Porque no hace más que hablar y hacer proyectos para que yo gaste dinero.

El número exacto.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que dejes de hacer ese barullo?

—¡Ocho!—exclamó el chico después de pensar un rato.

Bastaba con la apariencia.

—¿Acaso no manda usted en su casa?

—No. Pero mi mujer me hace creer que sí.

Eta franca.

—Inés. Esta pieza está muy sucia. ¿Es que no la barre usted?

—Sí, señora. Algunas veces.

El marido ideal.

El marido ideal es aquel con quien toda mujer debió haberse casado, pero nunca con el que tiene.

—¿Adónde vas, Evaristo?

—Al pueblo, a echar esta carta de mi novia al buzón de Correos.

—No seas imbécil. Deja de ir allí. ¿No ves que el administrador de Correos no compra el café en nuestra tienda?

—Este niño tiene todos los ojos de usted.

—Sí, pero la boca, no lo puede negar, es de su papá.

Y el pequeño dispuesto también a meter su cuchara, dice:

—Sí, pero la gorra es de mi hermanito Luis.

El mar de mojama.

—¿Me quiere usted decir don Rómulo, por qué el agua del mar está tan salada?

—Vaya una pregunta, hombre. ¿Por qué cría la mojama!

mp. de M. Sintes Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(30)

VIII

El amor del uno y el desdén del otro

Manuel Ardieta, el sereno, el equilibrado Ardieta, sufría un suplicio. Así lo decían las ojeas la mirada apagada y mustia, el ademán cansado... La palabra, fácil y elocuente de otros días, se apagaba en su laringe, de la cual solían salir, con harta frecuencia, suspiros románticos y torpes balbuceos. Róspide, enfrascado en las obras cíclopeas de un pantano que había de convertir en naranjales productivos los inmensos secanos del patrimonio de Fenollar, no se enteraba de nada como no fuera de las necesidades de sus obreros para aliviarlas.

Gloria, embébedra en la dulce tarea de festonear pañales y hacer gorritos

y zapatitas de crochet para los chiquillos pobres, tampoco parecía percatarse. Sólo dos personas se daban perfecta cuenta del brusco abatimiento del doctor: Pilar y Fernando. La primera, con una grande y secreta complacencia y el segundo con una inquietud llena de alarma ante el temor de que su médico cayese en las garras de una neurastenia tan grave como la suya.

Pilar había amado; sabía de las suaves emociones que turban deliciosamente el espíritu de los ensueños quiméricos y bellos que hacen vivir continuamente en las alturas del ideal, de las divinas timideces, de las mudas adoraciones no expresadas más que por la mirada que acaricia y adora.

Y contemplaba a Ardieta con una sonrisa cuando le veía, al entrar en el salón todas las tardes, saludar torpemente y estremecerse al estrechar la mano que Gloria le tendía, pasar del escarlata a la palidez cuando ella, en el transcurso de la conversación, le dirigía una pregunta o simplemente una mirada y eufrasearse en abstracciones profundas largos ratos, tan profundas que muchas veces Fernando, veíase obligado a repetirle una frase

por dos o tres veces para sacarle de aquel ensimismamiento.

Acabaron las conversaciones humorísticas en las que el ingenio brillante del doctor hacía reír de buena gana a sus oyentes, las parafadas elocuentísimas al discutir problemas artísticos, políticos o sociales, los discursos, la inspiración que subyugaba a su auditorio cuando tocaba, exaltándose, su tema predilecto, favorito; la poesía... Aquel hombre no era el mismo. Los primeros días, desde la llegada de Gloria, no se advirtió en él otra cosa que una alegría desbordante, contagiosa además; pero lentamente fuese cambiando hasta trocarse en un encogimiento silencioso y arisco. Hasta llegó a distanciar sus visitas al salón, sitio seguro para encontrar a Gloria. Intentaba llegar después de servido el café pretextando enfermos graves y ocupaciones perentorias.

Saludaba desde la mampara, sin entrar, y pasaba de largo escalera arriba para buscar la Cámara del Rey, con igual precipitación que si lo persiguiesen. Esto sí no encontraba al Conde en el pinar antes de arribar al castillo, en cuyo caso ataba su pelo al tronco

de un árbol y allí se estaba hasta que, al ponerse el sol, el enfermo se retiraba a su cuarto. Y así sucedió más de una vez que desde allí mismo y sin subir siquiera a Fenollar, Manuel Ardieta, caballero en su montura, se marchase al pueblo con gran estupefacción del Conde, quien no lograba descifrar el enigma.

Para él resultaba incomprendible que amando a Gloria la huyese de aquel modo tan declarado y si se quiere hasta un poco mortificante para el amor propio de la señorita de Róspide. Para Fernando no había más que una explicación admisible. Ardieta tenía miedo.

No se explicaba la timidez divina del amor. Como jamás lo había sentido en su única recta expresión, desconocía que una de sus fases más características era aquella por la cual su amigo atravesaba. La vida de Fernando fué harto alegre y turbulenta para que en ella tuviesen cabida los intensos amores del corazón, que es el puro cariño de las almas, que es la excelsa pasión que sólo dá Dios a los elegidos.

Por su parte, Ardieta, hallábase co-

hibido respecto al Conde de Fenollar por un pudor natural en esas pasiones íntimas y castas, y aunque su carácter abierto, comunicativo, necesitaba el descenso de las confidencias, callaba temeroso. En sus visitas al castillo observaba a Gloria cuando Fernando estaba presente... Tenía como un presentimiento de que llegarían a amarse. Y lo creía tanto más probable cuanto que, en su concepto, los padres de ambos habrían de desear que se fundiesen, en consorcio indisoluble, los millones de Róspide y los blasones de Fenollar. Así lo creía y así esperaba que surgiese pujante del corazón del joven el divino brote ante la belleza magnífica de Gloria, ante sus dotes excepcionales e innegables de bella y buena mujer. Pero esperaba en vano. Y de ello se hubo de convencer al transcurrir el tiempo y ver que el hilo no se rompía entre los dos.

Experimentó como una sensación de alivio... Esto era muy humano y Ardieta, por perfecto que fuese, no pudo escapar al influjo avasallador de los gozmos. Se alegró de que Gloria y Fernando no se amasen, pero es justo decir o también: le dolía que llevasen a